

«Señor, me has convencido. Voy. No me conoces. Pero tienes una forma de hablar que te seguiría a cualquier sitio. Al final, he descubierto aquello que buscaba durante toda mi vida y que era incapaz de llamar por su nombre». Se vuelven todos hacia ese desconocido que se ha infiltrado en el grupo sin estar invitado «**Quién eres tú?**» Responde sin ninguna vergüenza: «**Me llamo Leví y tengo un oficio no muy bien considerado: cobrador de impuestos. Te he oído hablar mientras que abría mi despacho. Te he escuchado y de repente mi curiosidad se ha convertido en admiración. Vengo enseguida...**». Se para un momento y vuelve a tomar la palabra: «**Enseguida, no. Me pides algo terrible: abandonarlo todo, el dinero, los amigos, el trabajo, para venir contigo y servir a la causa de la vida. No me prometes nada bueno. Y sin embargo, voy. Si confías en mí y si te atreves a llamarme amigo, estoy de acuerdo**».

Hoy he vivido la aventura más grande de mi vida. Soy feliz, como un joven que se enamora por primera vez. Quiero gritárselo a todos mis amigos. Mira... mira lo que voy a hacer: un gran banquete de fiesta. Voy a invitar a todos mis compañeros de aventura y de aburrimiento... para contarles a todos la alegría de abandonar mi fortuna para estar contigo. ¿Puedes venirte?

LOS JÓVENES Y LA PROMOCIÓN DE UNA “CULTURA VOCACIONAL”



ALGUNAS SUGERENCIAS SOBRE
EL MODO DE PROPONER
UN CAMINO “VOCACIONAL”
A LOS JÓVENES HOY

RICCARDO **T**ONELLI, SDB

PROFESOR DE TEOLOGÍA PASTORAL
EN LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA SALESIANA DE ROMA

Lo primero que quiero precisar es sencillo: hablo de vocación cristiana, porque el contexto en el que se sitúa mi reflexión me autoriza a hacer referencia, de modo explícito, a un proyecto de vocación desde dentro de una experiencia de fe cristiana.

Más difícil resulta mi segunda precisión: hasta no hace mucho tiempo, cuando se hablaba de “*vocaciones*”, enseguida se pensaba casi únicamente en la vocación sacerdotal y en las vocaciones a la vida religiosa, masculina o femenina. Hoy, gracias a Dios, el término vocación se refiere a algo común a todo hombre y a todo cristiano. Por lo tanto, desde esta perspectiva, mi propuesta atañe a las distintas modalidades de realización de la vocación misma, los mil caminos por los cuales podemos concretar la opción fundamental de nuestra vida.

Sin embargo, no puedo reducirme a pensar la vocación en términos generales. Siento la alegría y la responsabilidad de sugerir también algo que atañe de manera explícita a las vocaciones de especial consagración y a las vocaciones sacerdotales. Desde esta perspectiva, considero que es urgente buscar algo que, al mismo tiempo que sea común a todas las vocaciones, permita el salto de calidad radical que suponen determinadas elecciones vocacionales. Dentro de este modelo, la necesaria diversificación no procede de la afirmación de las diferencias -a cualquier precio o con expresiones que aparentemente parecen vagas y genéricas- sino de algo que incluye a un tiempo unidad y diversidad.

Un sueño a propósito de la vocación cristiana

En una época como la nuestra, caracterizada por un gran pluralismo, y confrontada con problemas complejos y urgentes, estoy convencido de que *una reflexión sobre la vocación exige antes de nada la valentía de expresar y compartir nuestro sueño de vocación cristiana*. No hay duda de que las sugerencias metodológicas son urgentes; pero resultan secundarias y no son sino consecuencia del coraje de soñar una figura ideal de vocación cristiana.

Contando con ello, voy a intentar imaginar lo que debería ser esta dimensión común a toda vocación cristiana. Una dimensión que garantiza la unidad vocacional de fondo y que permite además la apertura a la diversidad y a la radicalidad, de intensidad y de perspectiva, que caracteriza a cada una de las opciones por una vocación especial.

Un criterio fundamental

Soñar, está bien... pero también es peligroso. Necesitamos soñar desde unos fundamentos sólidos. Y no resulta fácil encontrar un fundamento sólido. Desde luego, no basta con deducirlo de alguna declaración solemne. En mi labor de investigación y en la confrontación frecuente con numerosos amigos comprometidos en este campo, he hecho referencia a menudo a la página del libro de los Hechos de los Apóstoles que narra la elección del sucesor de Judas (**Hch 1, 15-26**). No pienso que estas indicaciones sean la

solución del problema, sino un horizonte válido al que podemos referirnos si queremos llegar a una propuesta más responsable para el hoy de la Iglesia.

Os recuerdo el acontecimiento

Pedro necesita indicar a la comunidad apostólica un sucesor de Judas, el traidor. Quizá había numerosos pretendientes, demasiados para un solo puesto. Hay que elegir. Para organizar la elección, Pedro propone en primer lugar una lista de criterios básicos:

- La elección de alguien que haya conocido a Jesús de forma intensa. Podríamos traducir: *una persona fascinada por el Señor Jesús, capaz de ponerle en el centro de su existencia*. En otras palabras, se trata de escoger la nueva responsabilidad en Jesús y por Jesús... evidentemente, para «la causa» de Jesús, en fidelidad a lo que dicen los Evangelios sobre Jesús y su existencia. No serán admitidas las personas que aspiren a otros objetivos previos, por muy nobles que éstos sean desde el punto de vista religioso.

- La elección de una persona capaz de convertirse en «*testigo de la resurrección*». Ser testigo de la resurrección significa que testimonia con los hechos que el Crucificado es el Resucitado: el que fue destruido, hasta el punto de que le desfiguraron el rostro de hombre en el nombre de la ley, venció a la muerte y su victoria es para todos. El testigo de la resurrección es una persona de esperanza, que llena de esperanza y optimismo todos los actos de la vida cotidiana, gracias a la acción de Dios.

- Estos dos criterios provocan ya una primera selección. Sólo después hará Pedro intervenir al Espíritu, utilizando una estrategia que la cultura de su tiempo pone a su alcance: saca a suertes al sucesor de Judas.

Este es el estilo que nos sigue permitiendo vivir hoy una existencia cristiana: poner a Jesús como referencia en el corazón de la vida hasta el punto de convertirnos en signos de esperanza.

Nuestra perspectiva debe traducirse ahora en proyecto y en proceso

Ésta sería la propuesta de un prototipo global de vocación cristiana: *en el nombre de Jesús, confesado con alegría y desde una toma de conciencia cada vez más explícita, hacer de nuestra existencia un servicio total para la vida de todos*, a fin de que sea una vida plena y abundante, y recupere la confianza en el

Este es el estilo que nos sigue permitiendo vivir hoy una existencia cristiana: poner a Jesús como referencia en el corazón de la vida hasta el punto de convertirnos en signos de esperanza.

misterio de Dios, el fundamento de una esperanza capaz de ir incluso más allá de la muerte. He sopesado todas las palabras con atención, tal y como debe hacerse al formular cualquier objetivo.

Así, habría que retomar algunas dimensiones: *la unificación de la existencia* en torno a un proyecto capaz de ofrecer una síntesis y una unidad, frente a la dispersión y la fragmentación; *la elección del servicio a la vida* -la propia y la de los demás- como una causa capaz de comprometer toda la existencia; *un servicio a la vida que sabe dar esperanza*, incluso frente a las crisis más fuertes: el dolor y la muerte; *en un proceso de abandono a Dios confiado, continuo e intenso*; y *en compañía de Jesús de Nazareth, el gran amigo y servidor de la vida*.

Y profundizar en algunas de ellas:

LA CAUSA DE JESÚS: Para descubrir lo que significa poner al Señor Jesús en el centro de nuestra vida, haciendo nuestra su causa, debemos meditar los Evangelios. Los Evangelios no dicen todo lo que nos gustaría saber de Jesús. Pero hay algo que los Evangelios afirman de modo intenso y certero:

- *Jesús es alguien con una enorme pasión por una causa especial.* La causa de Jesús está muy clara, le apasionó a lo largo de toda su existencia y le llevó hasta la muerte en la cruz: hacer surgir vida allí donde hay muerte, en el nombre de Dios y para su gloria. Como él mismo declaró, hizo de la causa de la vida, «en plenitud y en abundancia» para todos (Jn 10, 10), la «perla preciosa» por la cual hay que estar dispuestos a vender todo lo demás (Mt 13, 45-46).

- *Jesús transmite a sus discípulos la misión que el Padre le ha confiado. Les dice a sus amigos: «Como el Padre me ha enviado, yo también os envío» (Jn 20, 21).* Un eslabón tras otro, se va construyendo una gran cadena de personas que se comprometen por la salvación del mundo. Los discípulos llaman a otros y los envían. Y así sucesivamente, la cadena de los llamados se va alargando: los nuevos discípulos llaman a otros con la misma pasión con la que ellos pronunciaron su sí a la invitación, y los envían. La misión que nos es confiada es la misma que la que apasionó a Jesús: la pasión por la vida.

LA VIDA COTIDIANA COMO RECURSO PARA UNA ESPIRITUALIDAD RENOVADA: La causa de Jesús, tal y como lo sugieren los Evangelios, *pone el servicio a la vida y a su crecimiento en esperanza en el centro de toda vocación cristiana.*

Los modelos de existencia cristiana en los que hemos crecido están basados, en general, en el futuro. La vida cotidiana funciona como una especie de laboratorio en el que hay que demostrar nuestro deseo de eternidad y escoger correctamente desde esta perspectiva. La conciencia de las dificultades propias de la vida cotidiana cuando ésta se proyecta hacia su destino definitivo lleva a multiplicar los controles y las recomendaciones.

Desde dicha concepción, la vida cotidiana no se considera como recurso, sino como problema. Los recursos están formados por todos aquellos instrumentos de formación que pueden controlar la vida, hacernos cambiar de proyectos y ser capaces de pa-

sar de lo provisional a lo definitivo, de lo cotidiano a lo eterno, del presente al futuro.

Al contrario, quien comparte el objetivo que proponemos, reconoce que la vida misma, las personas, los sueños, las experiencias, los proyectos... constituyen el gran recurso para lanzarnos a realizaciones más altas. *No podemos, desde luego, hacer de nuestra vida un servicio a la vida plena mientras no hayamos aprendido a amar esta vida para nosotros, y a hacerla amar a otros.*

En el fondo, es una cuestión de orientación de la vida a partir de la experiencia del Espíritu de Jesús. Reconocer la vida como un recurso para la formación a partir de razones teológicas abre las puertas a una renovación espiritual.

UN AMOR A LA VIDA SEGÚN LA LÓGICA EVANGÉLICA: Resulta un tanto extraña la invitación a arriesgar todos los recursos de los que disponemos para hacer amar la vida... sobre todo con respecto a los jóvenes de hoy, que llevan en la sangre el amor a la vida y que lo respiran en los modelos culturales que nos rodean.

La constatación es seria y me lleva a una puntualización. Se trata de la educación en el amor a la vida según la lógica del Evangelio: *el amor a la vida se convierte en una pasión para que todos tengan vida... según el modelo evangélico, único que da autenticidad a la vida y al servicio.*

El cristiano está dotado de una sensibilidad extrema y refinada frente a la vida y a todas sus manifestaciones. Posee una capacidad de reacción espontánea frente a la muerte y sus expresiones cotidianas. Descifra en ella una presencia inquietante, incluso cuando todo parece tranquilo. Percibe el grito de tantos hombres abandonados, oprimidos, decepcionados en la búsqueda desesperada de razones para vivir y esperar. Incluso cuando le llega ahogado o desvirtuado, distingue este grito con claridad.

Su pasión por la vida se convierte en «compasión» por la vida de todos: compromiso paciente y generoso, para que todos tengan vida y la tengan en abundancia.

La llamada a la lógica evangélica, que da un contenido concreto a la pasión por la vida, introduce otra dimensión originaria: queremos ser capaces de amar y servir a la vida, pero reconociéndonos siempre «sólo servidores». Jesús recomienda explícitamente esta



actitud. «Así también vosotros: cuando hayáis hecho lo que os manden, decid: somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10). La referencia concreta es María: madre de Dios, pero en cuanto «servidora» del Espíritu.

En la construcción de la vida y de la esperanza, la invitación del evangelio representa un punto de referencia original.

Aquel que ama la vida se pone como Jesús al servicio de la vida, *consciente de que la vida es el gran regalo de Dios*. Esto exige esfuerzo y disponibilidad, pero también supone capacidad *de descentrarse en virtud de los otros, de estar atentos a sus necesidades y peticiones*. Por encima de todo y en primer lugar, está la exigencia de «dar la vida» para que haya vida plena y abundante para todos.

Por eso el primer gran servidor es Jesús de Nazareth. Con los dolores de la cruz, preparó la fiesta de la vida para que todos -sobre todo los más pobres- puedan alegrarse. Su existencia estuvo totalmente al servicio de la alegría de todos. Por eso el creyente lucha por la vida y se resiste a la muerte adoptando un estilo de vida que a menudo se opone radicalmente al estilo de vida habitual.

En la cultura que respiramos todos los días, *el deseo de poseer significa en realidad la necesidad de conquistar las cosas, de acaparar, de aferrarse a ellas*. Posee la vida el que la guarda con esmero, como un tesoro precioso. Quizá la va a enterrar bajo tierra, por miedo a los ladrones, como el servidor de la parábola de los talentos (Mt 25, 14-28). Al contrario, en el proyecto de Jesús, el que posee la vida es el que sabe darla, el que la arriesga por amor: como el grano de trigo que no da vida si no muere (Jn 12, 24), (Mt 16, 25).

Perder para compartir se convierte en condición para asegurarse la vida verdadera. El desprendimiento no es una actitud maniquea de quien desprecia todo en virtud de un principio superior. El desprendimiento supone la conciencia creciente de una solidaridad que se convierte en responsabilidad. Las cosas están orientadas a la vida de todos. Y todos tienen derecho a disfrutarlas, en especial aquellos que sufren más privaciones a causa de la violencia y la injusticia.

Esta recomendación es de máxima importancia para la calidad del servicio a la vida y, por tanto, para la vida misma. Jesús posee un estilo particular de servi-

Un eslabón tras otro, se va construyendo una gran cadena de personas que se comprometen por la salvación del mundo. Los discípulos llaman a otros y los envían. Y así sucesivamente, la cadena de los llamados se va alargando.

cio a la vida... No podemos inventarnos otro para nosotros... pero debemos *inventar uno actual que esté en la línea del de Jesús*. En este nivel se sitúa no sólo un elemento fundamental de toda vocación cristiana, sino también esa dimensión de radicalidad evangélica típica de algunas vocaciones: el coraje de imprimir a nuestra existencia el estilo de vida que nos llega del futuro para devolver a todos la capacidad de mirar al presente a partir del futuro.

Hacia una "cultura vocacional"

El sueño evangélico sobre la vocación cristiana inspira los contenidos concretos gracias a los cuales es posible dar una profundidad verificable a este estilo de vida general denominado «cultura vocacional».

Hablo de cultura -dentro de este contexto «vocacional»- dando a este término polisémico un significado antropológico. En este sentido, me inspiro en la definición descriptiva sugerida por la UNESCO al término de una conferencia internacional sobre las políticas culturales que tuvo lugar en México en 1982:

«La cultura -cito literalmente- puede ser llamada conjunto complejo de rasgos espirituales, materiales, intelectuales y afectivos específicos que caracterizan a una sociedad o grupo social. Incluye no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos humanos fundamentales, los sistemas de valores, las tradiciones y creencias... Es la cultura la que dota al hombre de la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. La que nos hace específicamente humanos, seres razonables, dotados de juicio crítico y de sentido moral. A través de la cultura asumimos unos valores y tomamos decisiones. A través de la cultura, el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, reconoce su propia imperfección, pone en duda sus propias conquistas, busca incansablemente nuevos significados y crea obras por las cuales trasciende sus propios límites».

Es fácil que en nuestra vida cotidiana nos sintamos referidos a la cultura: la cultura impregna continuamente la cotidianidad y ésta a su vez se construye y expresa a través de la cultura.

La cultura como adquisición de competencias

Para respetar nuestra opción educativa de fondo, traduzco la cultura y el objetivo del proceso de formación con vistas a la consolidación de esta cultura en



una serie de competencias. «Competencia» significa capacidad de orientarse en la diversidad de situaciones. Afirmamos entonces que *una persona es competente* -en general o en determinado campo- cuando, a través de la progresiva valoración de su autenticidad personal, la clarificación gradual de su historia personal y colectiva, la adquisición de significados y valores, *es capaz de hacer una lectura correcta de la realidad, sabe reaccionar de manera equilibrada a los distintos estímulos, es capaz de tomar decisiones y actuar coherentemente.*

El ámbito de las competencias es un ámbito muy delicado en materia de formación. Deben pensarse con antelación, porque sirven para elaborar orientaciones concretas de los procesos de formación. Se trata de preverlas pensando en el tipo de personalidad hacia el cual se orienta todo el proceso de formación, en confrontación crítica con los modelos dominantes, en un tiempo y en un contexto dados. La investigación sobre las competencias que se pretende transmitir a los jóvenes de hoy responde por consiguiente a las exigencias de una «cultura vocacional» seria. De hecho, si en una cultura determinada hay estilos de vida deficientes, diferentes de los que requiere el modelo de vocación al que tendemos, habrá que poner en práctica todas las intervenciones educativas capaces de reforzarla.

Una propuesta de competencias para hoy

Sugiero algunos ejemplos, a partir de una confrontación crítica con los modelos culturales dominantes hoy y con el prototipo de joven (incluso cristiano...) que, por desgracia, parece derivarse de ellos:

- *Hacer que la persona sea capaz de decidir y de mantenerse en fidelidad valiente a su decisión.* Se trata evidentemente de decisiones y de fidelidad relativas a lo que de verdad es importante: el servicio a la vida y la compasión con la vida de todos.
- Reconstruir, en una existencia continuamente amenazada de exterioridad y eficiencia, *la dimensión del misterio*, para poder reconocer que lo que no se ve es más importante que lo que se ve.
- *Reencontrar el significado ineludible de los límites y, como consecuencia, del sufrimiento y de la muerte*, como una exigencia de verdad y como condición para volver a entregar la vida, confiando en su misterio y en su Señor.
- *Una nueva manera de vivir la radicalidad:* el acompañamiento en un servicio a la vida que nace de la capacidad sincera e intensa de «hacerse prójimo» del otro, sobre todo de los pobres y excluidos.
- *El redescubrimiento del sentido indispensable del*

silencio y de la interioridad, para respirar la verdad a partir del misterio que anida en la realidad.

- *La seriedad y la responsabilidad con respecto a la cuestión del sentido de la vida* y del fundamento de la esperanza, para descubrir que sólo profundizando en lo que se vive y confiando en el misterio podremos comprendernos a nosotros mismos y esperar.
- *La experiencia evangélica de una libertad, grande porque surge de la muerte de Jesús*, y del don de su Espíritu, que no tiene más frontera que la del servicio y la solidaridad.
- *La superación de visiones estrechas* que agrandan los pequeños problemas, para abrirse a las *dimensiones del mundo entero*, de donde provienen los desafíos más dramáticos: la pobreza, la exclusión y la dominación, el hambre y la explotación, a menudo la guerra y la violencia.

Algunas sugerencias de método

Un buen objetivo es importante, pero no suficiente. Hay que imaginar estrategias apropiadas que aseguren las condiciones favorables para alcanzar dicho objetivo. Para ello, he aquí un esbozo de algunas pistas globales para un itinerario de maduración vocacional, teniendo en cuenta la situación actual de la juventud y de la cultura.

Mi propuesta se construye como un largo recorrido procesual: comienzo por los primeros pasos y sigo indicando lo que exige un *más* de compromiso y calidad.

He optado por una estructura dinámica, porque me parece que concuerda mejor con la vida, según la lógica evangélica de la semilla que se convierte en un gran árbol, aunque todo su porvenir está ya en germen dentro de ella.

RECONSTRUIR UNA IDENTIDAD CON ESTABILIDAD SUFICIENTE EN TORNO A UNA EXPERIENCIA MADURA DE LA FINITUD: Existen muchas resistencias ante este enfoque de la vida como *vocación*, tal y como lo venimos esbozando. Al observar los modelos culturales dominantes, se percibe una concepción de la vida y una preocupación por la realización tan poco evangélicas que *se hace difícil imaginar que algún joven sea capaz de compartir las exigencias más radicales de la vocación cristiana y en especial, de la vocación sacerdotal o religiosa.*

• Esta constatación nos provoca. Nos damos cuenta de la dificultad que supone guiar a los presbíteros y religiosos hacia una madurez cuando está en crisis la madurez humana básica. Por eso trabajamos en el campo de las vocaciones, poniéndonos al servicio del desarrollo humano. Ahí se encuentra justamente

Perder para compartir se convierte en condición para asegurarse la vida verdadera. El desprendimiento no es una actitud maniquea de quien desprecia todo en virtud de un principio superior. El desprendimiento supone la conciencia creciente de una solidaridad que se convierte en responsabilidad.

Es importante pensar la formación de la identidad dejando que los desafíos que nos rodean nos provoquen, en todo cuanto tengan de verdaderos y auténticos. Y hay que recordar que necesitamos urgentemente el silencio y la interioridad para respirar a pleno pulmón la verdad del misterio que habita en la realidad.

la profecía de la vida sacerdotal y religiosa, comprometida en el crecimiento en humanidad de los hombres de nuestro tiempo, con la misma pasión con la que nuestros hermanos de los siglos pasados hicieron habitable una tierra y desarrollaron una cultura.

• Cuatro puntos que requieren una atención urgente.

Primero, es importante pensar la formación de la identidad dejando que los desafíos que nos rodean nos provoquen, en todo cuanto tengan de verdaderos y auténticos. Sólo si nos tomamos en serio los problemas de vida y muerte de tantos hombres y mujeres asumiremos la responsabilidad de nuestra identidad. Como puede verse, considero que la construcción y refuerzo de la identidad personal están en el corazón mismo del problema de la formación. Sin embargo, no concibo la identidad en términos de autoreferencia. La concibo como un proceso relacional: encuentra en la soledad personal una referencia decisiva y, al mismo tiempo, progresa a través de la confrontación y la apertura a las provocaciones de la realidad que nos rodea y del misterio, de la vida y de Dios, en el cual estamos inmersos.

En segundo lugar, hay que recordar que *necesitamos urgentemente el silencio y la interioridad para respirar a pleno pulmón la verdad del misterio que habita en la realidad.* Sólo en este espacio de contemplación las voces que nos inquietan podrán ser escuchadas e interpretadas. En el silencio de la interioridad, la voz del Espíritu se convierte en referencia normativa de la existencia. Por ello, la definición de la identidad personal requiere una educación en la contemplación.

La definición de la identidad debe medirse a través de las tareas que se pretende asumir al responder a las provocaciones que nos han inquietado. Por ello, exige realismo, sentido de lo concreto, asunción progresiva de responsabilidad.

Por último, *hay que subrayar la necesidad de reconstruir una estructura de la personalidad con ese mínimo de organización necesaria y posible, en torno al reconocimiento de los límites infranqueables que atraviesan nuestra propia existencia y desde la cual elevamos los brazos "invocando" seguridad y bienestar.* Vuelvo así a la raíz misma de la experiencia religiosa, que se encuentra hoy sumida en una grave crisis a causa de la pérdida del sentido de los límites y por la huida hacia la resignación o la falta de compromiso.

EL ENCUENTRO CON JESÚS EL SEÑOR, QUE LOS CREYENTES CONFIESAN COMO FUNDAMENTO DE SU ESPERANZA Y AL QUE INVOCAN COMO AYUDA: *El punto de referencia de la vida cristiana es el encuentro personal con Jesús, confesado en la comunidad eclesial como el Señor. Todo itinerario tiene este objetivo y se verifica y con-*

solida desde este horizonte.

• Por una parte, es importante preguntar a los jóvenes lo que puedan expresar, tomándose en serio y con respeto la *"madurez relativa"* de la que un joven es capaz; se trata de un gran acto de fe en el Señor, que nos pide hacernos discípulos suyos contando con las posibilidades de las distintas etapas de la existencia.

• Por otra parte, *es muy importante que favorezcamos al máximo la maduración de esta elección hacia su plenitud: la decisión de poner el encuentro personal con Jesús* como factor determinante de la existencia requiere un compromiso educativo constante, que apoye las mociones internas del Espíritu.

En definitiva, se trata de suscitar progresivamente que el encuentro con Jesús constituya una experiencia real de fe, capaz de poner en juego toda la existencia. El encuentro con Jesús se transforma en una conversión continua a su Palabra y a su causa, en la celebración de la fe a través de la vida litúrgica y sacramental, en un seguimiento valiente de la persona, que lleva a romper con el pecado y con los modos de vida que se derivan de él, con la disponibilidad de *"llevar con alegría la cruz"* en todo momento del día para vivir con coherencia y autenticidad esa opción de vida.

LA PASIÓN POR LA VIDA DE TODOS DESDE LA GRAN COMPASIÓN DE DIOS POR LA VIDA: El encuentro con Jesús siempre es un misterio: *es una aventura de fe.* Su verificación exige la elección de criterios de evaluación. En este nivel, el camino vocacional se hace exigente.

El que ha encontrado a Jesús no mide su fe en primer lugar por su sentido de pertenencia sino por la pasión por el reino: *por el compromiso de dar vida allí donde hay muerte, en nombre de Dios y para su gloria.* Así nace una nueva calidad de vida, sólidamente fundamentada en la decisión de hacer suya la causa de Jesús: la necesidad de orientar toda su vida, en nombre de Dios, para que todos puedan volver a encontrar vida y sentido, sobre todo los más pobres, los más necesitados, en referencia a la situación concreta de su existencia histórica. La dimensión personal del encuentro con Jesús y el criterio de evaluación según la aceptación de su mensaje, conforman dos aspectos esenciales de esta orientación existencial de fondo.

Así, el amor por la vida, fundamentado en la roca del abandono confiado en Jesús de Nazareth por la fe, se convierte en *"compasión"* por la vida de todos.

Para una metodología correcta, me parece que hay que traducir este marco global en indicadores concretos. Cito algunos:

• Antes de nada es necesario ayudar al joven a descubrir los grandes recursos que posee y que él mismo es.

- De la alegría de dicho descubrimiento surge el deseo de que los dones recibidos den fruto. El primer gran don es la vida misma, que hay que aprender a amar, gestionar, servir.

- El joven abre entonces los ojos sobre sí mismo y sobre todo lo que le rodea y descubre el vínculo de solidaridad que une a las personas. La solidaridad se convierte inmediatamente en responsabilidad: compromiso, continuo y concreto, para dar a cada uno una vida plena.

- El descubrimiento de la vida como un don y una responsabilidad lleva al joven a descubrir con alegría la presencia del Señor en la vida para vivir su existencia como respuesta concreta a la presencia del Dios de la vida. Su compromiso de servicio a la vida se convierte en un compartir de la compasión de Dios por la vida de todos.

En resumen, un camino vocacional serio supone un entrenamiento constante en la generosidad y la disponibilidad. Estas dos actitudes espirituales engendran la alegría de dar la vida para que todos vivan y llevan a una experiencia cristiana sólida y a una experiencia religiosa seria.

EN BUSCA DE UN MODO CONCRETO Y PERSONAL DE VIVIR LA PASIÓN POR LA VIDA: UNA SOLA VOCACIÓN Y MIL ITINERARIOS, INCLUIDO EL DE LA RADICALIDAD: La pasión por la vida, inserta en la compasión del Dios de la vida, es siempre una pasión liberadora y actuante.

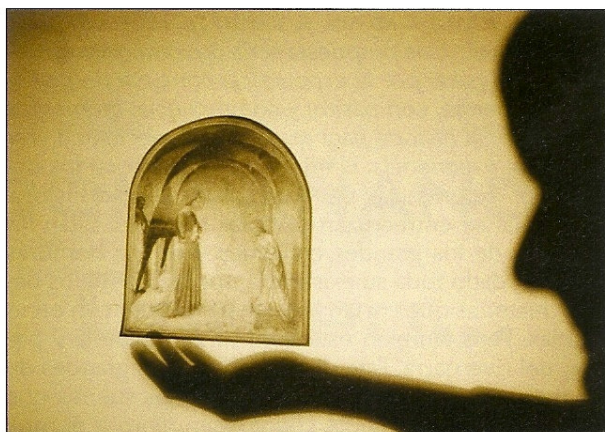
La única vocación se expresa y se concreta en las distintas vocaciones. Concibo las vocaciones especiales (como la vocación sacerdotal y la de especial consagración) dentro de un único proyecto vocacional, centrado en la decisión de hacer de la propia vida una honda respuesta vocacional. Pero *estoy hondamente convencido de la necesidad de presentar a los jóvenes propuestas vocacionales explícitas de consagración religiosa y sacerdotal, para orientar la única vocación hacia un «camino» concreto y urgente.*

El paso de lo general a lo particular nos lleva a resaltar algunos puntos concretos *en torno a la calidad de la propuesta general y entorno a la presentación de una orientación específica.* Este paso no se da fácil ni espontáneamente hoy, sobre todo por motivos culturales evidentes. Requiere una atención especial. ¡La propuesta se realiza según el modelo del «venid y veréis» y no sobre el «se te dará»... como se hacía antaño! Resulta urgente especificar la propuesta afín de educar la demanda: también es urgente reforzar la plena capacidad de decisión «apostando» y «arriesgando», para que se fundamente en un nivel profundo de experiencia espiritual.

La decisión vocacional expresa una experiencia cristológica exigente y profunda, necesita ser suscitada, sostenida, verificada, ampliada. La referencia de nuevo es la de los «criterios» propuestos por Pedro para la elección del sucesor de Judas, tal y como lo recordábamos en la introducción.

Hacer propuestas

La decisión vocacional es sin lugar a dudas un gran don de Dios. Forma parte de los caminos misteriosos



de la relación íntima y personal de dos libertades que se encuentran, se confrontan, dialogan.

El proceso es imprevisible y no seremos nosotros quienes pongamos las condiciones de su desarrollo. Pero podemos favorecerlo o dificultarlo, sostenerlo y animarlo o dejarlo a la deriva.

Sobre esto me planteo dos preguntas, muy relacionadas entre sí:

- ¿Cómo *promover en la práctica el camino de maduración* vocacional, sugerido en el párrafo anterior?

- ¿Cómo *orientar a los jóvenes de hoy*, poco dispuestos a tomar decisiones que impliquen la existencia entera y fascinados a menudo por los modelos más seductores, para que tengan en cuenta en su perspectiva vocacional la elección del sacerdocio o de la vida consagrada?

La segunda cuestión nos toca muy de cerca, ya que se juega el futuro de la vida y de la esperanza de los hombres y mujeres del momento cultural actual. A menudo se vincula a la primera pregunta, aunque no pueda resolverse sólo con un buen itinerario vocacional general. Sin duda, es más fácil definir los términos del problema que adelantar soluciones.

Sin embargo, no puedo menos que compartir algo sobre esos aspectos. Lo hago dando la palabra a algunas realizaciones interesantes que ya se están dando:

- *Hacer propuestas valientes «narrando» el encuentro con Jesús, fundamento de nuestra pasión por la vida y de la compasión por la vida de todos, nace de una propuesta «contagiosa» por parte de creyentes y de comunidades que lo han experimentado.*

Esta exigencia supone inmediatamente, como condición a priori, *la existencia y la proximidad de personas que sepan «hacer propuestas».* Se trata de correr el riesgo de «invitar» a compartir la vida, ofreciendo proyectos de vida concretos, capaces de fascinar y de crear una verdadera alternativa.

A pesar de todo, estoy convencido de que no basta con reconocer y proclamar esta exigencia. Me interrogo sobre los modos de realizarla, sobre todo en una época como la nuestra, en la que el derecho a la palabra parece estar reservado a quien acepta decir superficialidades o a quien sabe conseguir la exclusividad del poder.

DEBEMOS VOLVER A ASUMIR EL RIESGO DE PROPONER. ¿DE QUÉ MANERA?: *Una propuesta sería del camino vocacional puede pasar por la experiencia concreta de personas que narran, con pasión y competencia, momentos de su propia historia para que otros se decidan a vivir la misma experiencia.* El educador comunica a los demás sus experiencias de vida, contando una historia en la cual se entrecruzan distintas historias. Están las historias de los grandes creyentes y de los hombres que han dado toda su existencia por la vida de los demás, historias que cortan la respiración sólo con escucharlas. Pero también está la historia, pequeña y pobre, del que narra. Éste dice palabras más grandes de las que consigue vivir, porque cuenta los sueños que tiene sobre su existencia, con voz temblorosa porque conoce bien la crudeza de la realidad.

Y al final, lo que también llega a formar parte de la narración de la historia particular, son la vida, las esperanzas y los sufrimientos de los que escuchan la historia, como una palabra única. Todo ello configura el relato y es, al fin y al cabo, lo que lo hace interesante y convincente. Lo hemos experimentado muchas veces a lo largo de los últimos años y hemos descubierto un modelo interesante y estimulante, capaz de volver a dar fuerza a la tradición exigente de hacer propuestas, sin arriesgarse al autoritarismo o a la fascinación malsana de la seducción. Nos hemos sentido un poco más como comunidad de santos, comprometida al servicio de la vida y de la esperanza de todos. Hemos descubierto con alegría que podíamos decir cosas exigentes con relatos, con una autoridad fundamentada no sólo en nuestra pasión y en nuestro esfuerzo de ser competentes, sino sobre todo en la agradable compañía de todos los amigos que ya han realizado lo que soñamos cuando nos ponemos a narrar. No contamos historias por proselitismo; no inventamos tampoco detalles fascinantes pero poco creíbles, puesto que podríamos ser desmentidos en nuestras pretensiones. *Se trata de la opción por la vida: una vocación que consiste en enfocar toda la vida para que todos tengan vida y la tengan en abundancia. Ésta es la fuerza interpelante de la propuesta.* No lanzamos la propuesta vocacional con la esperanza de que vuelva una oleada de vocaciones, sino por la experiencia vital de plenitud a través de los que amamos y queremos servir.

HACER PROPUESTAS BRINDANDO EXPERIENCIAS: Sobre todo con los jóvenes de hoy, *las propuestas más eficaces, las que piden una adhesión vital, pasan por el compartir y el «hacer la experiencia de».* La llamada a «hacer experiencias de» está bastante generalizada en la actualidad. Sin embargo, hay que reconocer que existe un riesgo real de hacer experiencias demasiado externas, que se apoyen sólo en el poder de seducción de algunas de ellas, o, al contrario, que supongan demasiado poca implicación. La experiencia se convierte en propuesta cuando los jóvenes son interpelados y sostenidos en su capacidad de captar el mensaje entrelineas de la experiencia, y se disponen a reconocer y verificar incluso los mensajes menos atrayentes. Un argumento de tal calibre merece toda nuestra atención como educadores.

SE TRATA DE HACER PROPUESTAS UNITARIAS CON UNA DOBLE REFERENCIA: Propuestas *atractivas y capaces de provocar asombro*, con el fin de captar la atención en

un contexto como el nuestro, donde el asombro se manipula con arte y la fascinación se reserva para determinados personajes. Y propuestas que *favorezcan el paso de la provocación a la interiorización*, para fundamentar la decisión en motivaciones y no en la fuerza de la seducción. No basta con que el modelo teórico sea correcto. También hace falta un espacio de vida capaz de asegurar la identificación con el modelo.

A partir de algunas realizaciones que todos conocemos, sugiero algunas modalidades concretas de «*hacer la experiencia*»:

- Compromisos concretos en el servicio misionero y en actividades de apoyo desde la lógica del «*voluntariado como vocación*».
- Momentos de oración.
- Vida de grupo: hay que reservar una atención especial al grupo de apoyo y de discernimiento vocacional.
- La dirección espiritual: con sus diversas modalidades: coloquio, acompañamiento, encuentros, correspondencia personal, lecturas útiles para la formación.
- Tiempos especiales: retiros, manifestaciones de jóvenes comprometidos, jornadas vocacionales, participación en celebraciones litúrgicas especiales: por ejemplo, celebraciones de la primera misa o de profesión religiosa, celebración del matrimonio de animadores y de jóvenes considerados como puntos de referencia.
- Testigos significativos: el que ya ha recorrido una parte del camino se pone al lado del que da los primeros pasos, para trazar juntos el itinerario de crecimiento, compartir la esperanza a pesar de las dificultades y dejarse convertir por el objetivo que atrae a lo lejos.
- Por último, *hay que reservar tiempos y momentos para aprender a «interpretar los acontecimientos» a la luz del misterio que esconden y como provocación para la propia vida.* Por ejemplo: días de convivencia, encuentros con testigos privilegiados, momentos de escucha de la Palabra de Dios, tiempos de oración contemplativa y de *Lectio divina*...

